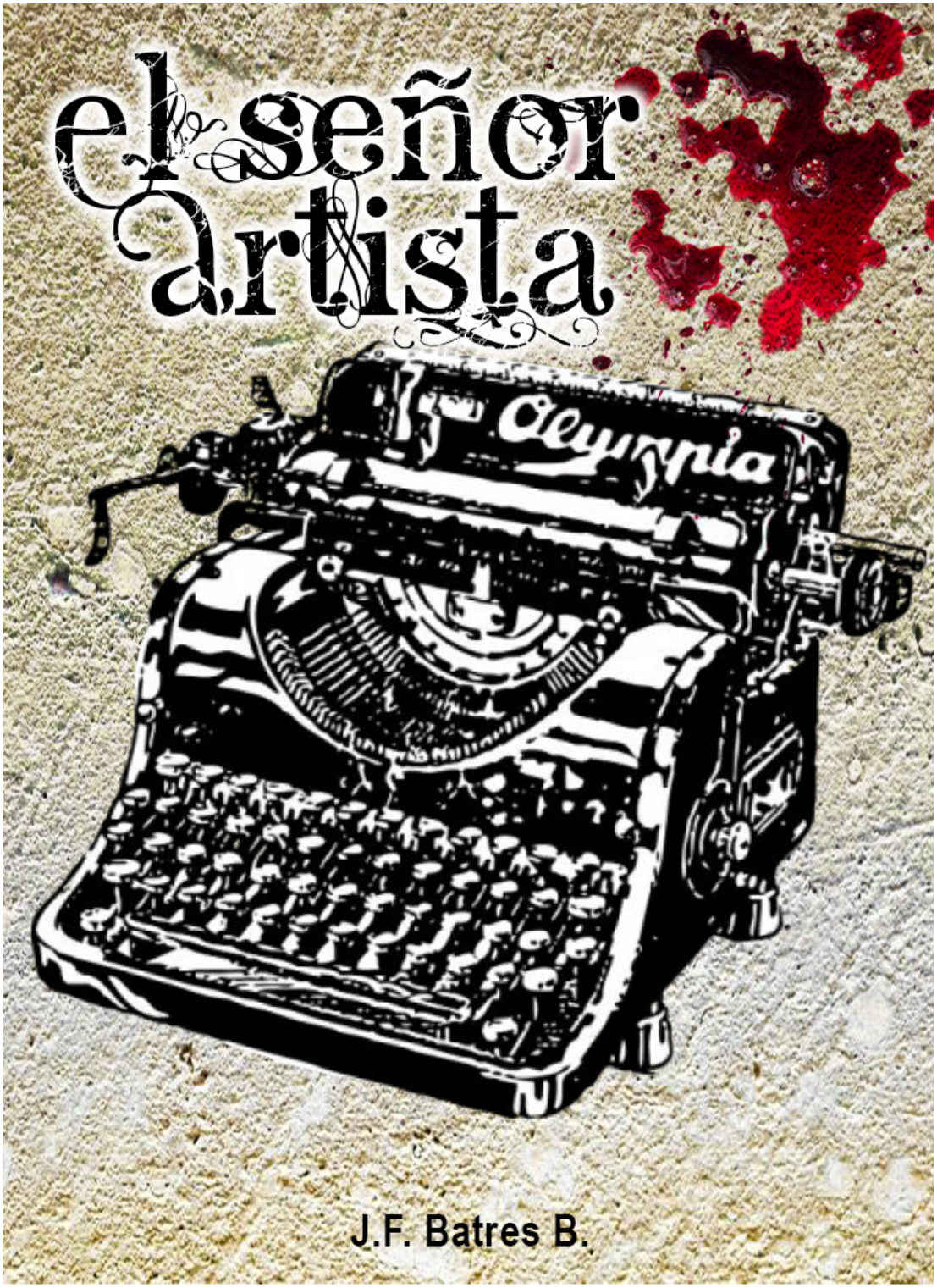
Señor Artista

Juan Fernando Batres Barrios



Capítulo 1

Despertó súbitamente en medio de la noche Arturo, en esa vieja cama de metal llena de resortes ya oxidados y con el colchón todo tullido y remendado de lo que alguna ocasión fue algodón. Sudoroso, y vestido únicamente de su ropa interior que ya se veía raída y amarillenta de lo vieja que era. Arturo había tenido nuevamente su sueño. Era quizá el único sueño que le acompañaba a la cama ya desde hace varios años. Una frase en realidad, que le golpeaba tanto la mente como el espíritu y hasta el alma misma.

Se levantó y se acercó en su pequeña habitación a la estufa que tenía, era un ladrillo tayuyo con un resorte estirado que hacía las veces de resistencia eléctrica. Conecto la improvisada estufa que echó un par de chispas y luego el resorte se enrojeció casi por completo. Tomo la cafetera de metal que había sido un obsequio de su madre y calentó agua para hacerse un café de esos de tortilla quemada. Eran quizá como las 3 de la mañana…

Arturo tiene casi 60 años ahora, es el hijo de Don Florentino y Doña Astrid, supuestamente. Empresarios de renombre de principios del siglo XX en la ciudad. O eso era lo que se rumoreaba en aquellos tiempos porque la pareja ya tenía sus años y no habían logrado procrear hijos.

Casi a los 50 años, Doña Astrid resultó que después de un viaje a las fincas del interior de su esposo por más o menos un año, apareció con Arturo en los brazos, diciendo que era su hijo y un regalo de Dios. Además, no ayudaba para nada que la piel del bebé fuera más morena que la de sus padres.

Pero por aquella época nadie decía cosas fuera de lugar, aunque las pensaran. Se daban casos de familias de sociedad que "adoptaban" sin ningún trámite legal a algún niño o niña para que le hiciera compañía en casa, pero era muy extraño que le dieran el título de "hijo" y sus apellidos. Además, Don Florentino estaba totalmente de acuerdo y muy contento de tener un heredero al imperio del negocio familiar. Así fue como de esta suerte y sin examen de paternidad, Arturo entro a la vida de sociedad en una pudiente familia capitalina.

Eran tal vez los años 20's cuando Arturo asistía a la escuela, en realidad lo que le faltaba de carisma para hacer amigos le sobraba de cerebro. Desde muy joven, se destacó en idioma español, al momento de lograr aprender a leer se devoraba los libros que su padre tenía en su biblioteca.

Don Florentino poseía muchos libros; más por lo bien que se veían en la pared que por culto. Él era un hombre muy ocupado en los negocios, en ver el precio del café y cuanto podía almacenar de maíz o cualquier otro grano que pudiera darle ganancias… Un hombre de trabajo que se hizo a sí mismo y que nadie le dio nada, por ello era admirado por unos y por otros un tanto criticado.

Don Florentino no había nacido en cuna de oro y no tenia en realidad un apellido de esos que sonaban desde que la corona española estaba en el país.

La familia de Arturo por esos tiempos vivía en la zona céntrica de la ciudad, en una casa grande, de esas que tenían una gran pileta con varios lavaderos en el patio central de la casa donde las mozas se la pasaban lavando la ropa y chismorreando. Había un largo pasillo al lado con columnas de fina madera, con tallados de flores y ángeles. Cada habitación tenía puertas gemelas de madera obscura que brillaban como si fueran casi un espejo con pequeños vitrales de varios colores.

Doña Astrid, una señora gruesa de modales no tan refinados, intentaba siempre de compartir con alguna amiga a tomar el nuevo café que había conseguido su marido en la finca, asegurando que era de calidad para exportar a Europa, como si ello le hiciera ver más fina.

Era una mujer bastante piadosa y muy religiosa, a tal punto que en la casa poseían una pequeña capilla donde ella rezaba todos los días el rosario y en algunas ocasiones invitaba al párroco a que diera misa para todos en ella.

Arturo, se codeaba con los niños de las principales familias de la ciudad o podríamos decir del país entero, aunque muchos lo veían como el arri mado de una familia sudorosa que simplemente había tenido suerte en los negocios.

A Arturo esto lo tenía sin cuidado, él cada vez más se adentraba en los libros, le encantaba la literatura.

Su padre lo motivaba a que se rodeara de algunos amigos, preferentemente amigos que sus padres pudieran ser buenas palancas para hacer negocios y que se metiera más en el mundo de los números para que aprendiera a llevar el negocio cuando fuera mayor…

Arturo, tomaba a sorbos la humeante taza de lo que algunos llaman café de tortilla en esa madrugada. Se rascaba copiosamente las piernas que le molestaban ya por su edad y la desnutrición que tenía. Pensaba para sí: **"*y si hubiera pesado diferente…*" "*y si no fuera quien soy…*"**

Esa mañana, salió de su cuarto. De una casa que no era la de sus padres, Arturo ahora vivía en una muy humilde vecindad donde alquilaban cuartos por unos pocos billetes. Un caserón viejo de adobe con puertas que crujían, donde debía compartir el baño con otras personas y escaseaba el agua. Siempre vivía en la zona central de la ciudad, pero en un área muchísimo más humilde.

Siempre vestía saco y camisa de manga larga, quizá por costumbre o porque era lo único que tenía. Un viejo sombrero ya descolorido adornada su cabeza siempre, cubriendo ya su incipiente calvicie. Siempre lleva consigo un maletín de cuero que había visto mejores épocas, en los tiempos de calor y lluvia se le veía siempre con un paraguas entre las manos y cuando bajaba la temperatura una bufanda le rodeaba el cuello.

Arturo es alguien un tanto extraño, una persona surrealista y poco práctico, un artista. Es escritor. Alguien que pinta con su pluma o lápiz extraordinarias historias de ficción o de amor, si es que a veces no es lo mismo.

Pero ser escritor en un país donde los artistas para ser exitosos deben de contar con ciertos apellidos o poseer algún padrino que los tenga y algunos amigos en el circulo diplomático para lograr en algún momento trascender fronteras es difícil. Ser escritor donde el pueblo lee únicamente el periódico para enterarse de las ultimas noticias y el futbol no promete mucho éxito y comodidades.

Para vivir y subsistir, Arturo trabaja con frecuencia como maestro particular en lenguaje para la mayoría de los hijos de sus excompañeros de escuela y universidad. Estos al crecer le dejaron de tener recelo a Arturo y le dan estos trabajos más por ayudar al viejo amigo en desgracia que porque realmente les importe la educación de sus hijos en esa materia. En un mundo donde la vida va tan acelerada poca importancia tiene el sujeto y el predicado de las oraciones…

Eran ya los años 30's y Arturo era un jovencito que parecía más un chico de barrio que el hijo de un exportador de café. Casi no tenía amigos de su edad a no ser por los cortos tiempos donde sus compañeros de clase necesitaban que les ayudara con las lecciones de ortografía o de alguna otra cosa.

Don Florentino pensaba que su hijo estaba entablando relaciones importantísimas para que la familia al final fuera realmente aceptada en los círculos de sociedad que anhelaba su esposa…

Caminaba Arturo esa mañana sobre una de las avenidas principales del centro de la ciudad, se dirigía a las oficinas del padre de uno de sus alumnos ocasionales para cobrar las clases que había impartido al muchacho la semana pasada y averiguar si sus servicios serian requeridos

la próxima semana. Contaba con ello para poder pagar la renta y comprar algo de comida, además de por supuesto comprar papel y cinta para su vieja máquina de escribir.

Arturo era de la vieja escuela, no usaba computadora, igual no podía comprarla. A la vez era un genio, porque no hacía borradores para sus escritos, parecía un Mozart al escribir, en sus escritos y cuentos hechos en su vieja máquina mecanográfica era extraño ver algún tachón o equivocación usando algún verbo. Parecía que todo lo tenía minuciosamente pensado antes de poner el primer dedo en ella.

Llego Arturo al viejo edificio que pertenecía a la familia de su quizás único amigo desde hace ya más de cien años al parecer, entro por una puerta de latón dorado y vidrio de aquellas de la época art-decó y saludó no muy efusivamente al portero. Este ya lo conocía y se limitó a levantar la mano haciendo un ademan de pase adelante. Subió Arturo por el estrecho elevador, al estar ahí, se le transportaba la mente a otro tiempo…

Seguían corriendo el final de los años 30's, él era un jovenzuelo de quizás uno 16 años, todo un hombre para la época.

Recordaba que su padre también era dueño de un edificio no tan grande, pero a pesar de que solo tenía tres niveles gasto una pequeña fortuna en instalarle un elevador, de esos que tenían una reja de bronce por fuera en cada nivel y puertas de madera, lo controlaba un viejo ascensorista. Para Arturo ese era un trabajo fascinante, controlar esa pieza de ingeniera.

Arturo iba con frecuencia al edificio de su padre, no tanto a ver los negocios como el padre hubiera querido, pero si a hablar por largos ratos con algunos de los empleados, con los capataces de las fincas de café y choferes. Como si su ADN le llevaran a los de su clase instintivamente.

Un día como cualquier otro, él fue a la oficina de su papá, Don Florentino como de costumbre estaba muy ocupado. Un vaso de ron en una mano y un cigarrillo en la otra, le dictaba alguna carta a su secretaria o le estaba hablando a uno de sus contadores o capataces que había venido de alguna finca de café. Arturo entro a la semi oscura oficina que olía a tabaco y era iluminada por un ventanal con cortinas color vino tinto, pisos de madera y sillones de cuero negro.

Su padre, al verlo entrar hizo un ademan de ahora no, pero Arturo simplemente se quedó parado al lado de la puerta y espero en silencio. Él necesitaba hablar con su padre de algo importante.

Quería abrir su alma a Don Florentino, decirle que no se sentía bien con la vida que tenía, que había hablado con algunos capataces de las fincas cafetaleras antes y que deseaba tomarse unos meses para vivir allá. H

acer algún trabajo, pero no contable ni de administración.

Quería vivir en la naturaleza, tener contacto con los jornaleros y trabajadores, también tener más tiempo de leer y a lo mejor empezar a escribir alguna novela autóctona de las cosas que pasaban en el campo. No pensaba que fuera mucho pedir.

Don Florentino cuando le dijo esto su hijo, monto en colera. Subió la voz a tal punto que su secretaria le dijo a todos que salieran del piso donde estaba la oficina de Don Florentino porque aún en esos tiempos las palabras que estaba usando en su hijo podrían ser motivo de acusaciones con la policía…

Llego Arturo a la oficina del Licenciado Valle, su compañero de universidad. Este al igual que su padre, estaba ocupado. En una mano un vaso con Whisky y en la otra un cigarrillo, frente a una computadora que le hablaba y él a ella.

Las cosas como cambian y a la vez son iguales pensó Arturo al verle.

Que tal Arturito, dijo su amigo, ahora te atiendo. Al minuto saco unos billetes del cajón central de su escritorio y estirando la mano se los dio a Arturo. Espero este completo, dijo, además le agregué una propina extra porque mi hijo al parecer fue el primero de su clase en literatura esta vez, ¿puedes creerlo?... Gracias, contesto Aturo sin mucha emoción.

Caminaba de regreso de su cita Arturo por una calle cualquiera de la zona central de la capital sin pensar mucho en lo que habían hablado, solo recordaba que el Licenciado Valle dejó claro que probaría a ver si ya su hijo podía solo con las clases y por ello dejaría de tomar las clases particulares por un tiempo. Se sentó en una cafetería habitual donde los dueños de esta le conocían bien y aun recordaban los tiempos cuando se vendía el buen café de exportación de la familia de Arturo, siempre le regalaban una rebanada de pastel con la taza que él pedía de café con leche.

En este lugar, Arturo casi siempre se sentaba en la misma mesa, frente a la ventana para ver a las personas en la calle, sacaba sus manuscritos que siempre llevaba consigo, los leía nuevamente como revisando que todo estuviera correctamente escrito y dejaba volar su imaginación…

Estaba en la finca de café de sus padres, en las montañas más altas del occidente del país, porque solo a esas alturas se da el mejor café del mundo diría Don Florentino.

Pero al poco tiempo se mudó de finca para ser alguien normal, en un entorno donde nadie lo tratara especial. Claro esto sin decírselo a nadie de su familia en realidad y sobornando al capataz de la finca de su padre,

amenazándole que si no le ayudaba él vería que lo despidieran, aunque nunca haría algo así.

Arturo era feliz, trabajaba durante casi toda la mañana, comía sus frijoles con el resto de los trabajadores en la finca y por las tardes disfrutaba de los atardeceres, de la convivencia sin envidias ni chismes y mucho menos recelos de clases sociales y apariencias.

Por las noches empezó a escribir, su madre le regaló una máquina de escribir super moderna para la época, pero él para no levantar sospechas lo que tenía era un cuaderno y lápices.

Escribió poéticamente las historias que escuchaba de los trabajadores y las mujeres de la finca, las historias de espíritus del bosque, de los guardianes de las cosechas y la madre naturaleza que se han transmitido de generación en generación desde antes de los tiempos de la coloni zación española…

Estaba sentado al pie de la ventana Arturo, con los ojos velados y su taza de café con leche ya casi vacía cuando se escucharon unos gritos en la calle; parecía una estampida de animales salvajes, pero en realidad era una marcha de ciudadanos haciendo una manifestación por alguna cosa del gobierno en turno, nada fuera de lo común; pero eso trajo a la realidad a nuestro amigo.

Pensó para sí, si tan solo hubiera también un espíritu guardián de las personas en la ciudad, algún duende o criatura mágica que cuidara al ciudadano común. En el campo hay tanta necesidad, escasez de algunos recursos, pero a la vez se respira tanta paz; mientras en la ciudad se tiene exceso de comodidades, pero no se encuentra paz por ningún lado.

No existía escapatoria, en cualquier situación a Arturo se le salía lo artista, jugaba en su cabeza con frases y versos para todo, salpicados de filosofía y existencialismo a veces.

Salió Enmedio de todo el tumulto de personas a pesar de que los dueños de la cafetería le rogaron que se quedara hasta que todo pasara. En unos minutos no se podía distinguir a Arturo de la muchedumbre y ocurrió lo peor.

La policía empezó a querer apaciguar a los manifestantes con chorros de agua y a arrestar a algunos por vandalismo y violencia a la autoridad, o por lo menos eso decían que eran los cargos.

Arturo ahora esta todo empapado dentro de una carceleta en el palacio de la policía, donde se cuentan tantas historias de desapariciones forzadas, torturas y cualquier abuso a la integridad física de los “sospechosos” de los crímenes en la sociedad; pero sobre todo de crímenes al gobierno,

personas que no se han quedado calladas ante las injusticias sociales y la corrupción de las autoridades.

Casi no hay luz y el lugar es húmedo, viejo, mal oliente. Arturo aún no reacciona y lo primero que extraña es su maletín.

¿Dónde está? Se pregunta Arturo aun sin tener completa conciencia de que está ocurriendo. ¿Dónde está mi maletín? Grita en medio de los demás capturados en esa mazmorra que parece medieval.

Nadie parece prestarle atención, pero después de unos instantes llega un par de policías mal encarados y de peor humor, golpeando los barrotes de las celdas con sus macanas lanzan amenazas a todos los capturados que serán ejecutados por sedición y traición al régimen del gobierno…

Al escuchar a los guardias la mayoría se agacha y amedrenta, pero Arturo toma una actitud que ni él conocía de sí mismo. Se para frente a las rejas y encara a los policías exigiendo ser liberado y que le devuelvan su maletín que contiene el trabajo de toda su vida.

Aduce que fue encarcelado injustamente y que él no formaba parte de las manifestaciones, a las cuales agrega, que el pueblo tiene derecho.

Arturo se identifica como graduado universitario en letras y filosofía, creyendo que eso le podía ayudar, no sospechaba que en realidad estaba poniendo otro clavo en su ataúd.

Entrego su cedula de identidad a sus captores, esperando que se esclareciere el "mal entendido" y le dejasen libre…

Recordaba Arturo el final de los 30's cuando él ya en la universidad era considerado un bicho raro, sus padres en realidad ya no le hablaban gran cosa. Al regresar de esa temporada en la finca algo cambio y aun no comprendía bien que podía ser.

En medio de clases de literatura, los clásicos y las lecciones de Platón y Sócrates como parte de la filosófica clásica que estudiaba Arturo no le quedaba mucho tiempo para divagar y mucho menos para escribir.

A pesar de que su familia seguía pagando sus gastos y proporcionándole los lujos de alguien de su categoría, por el miedo al qué dirán de los demás y no tanto por amor. Arturo en realidad se encontraba solo, su madre le entrego algunas cosas para que su vida fuese más cómoda en la universidad, pero nunca le pidió que regresara a casa con ellos. Entre esas cosas, una bella cafetera de acero con incrustaciones de plata para que pudiese hacerse un buen café de vez en cuando en su dormitorio…

Aun en la jaula, porque no podemos llamarle de otra forma a esa celda, Arturo seguía vociferando a ratos, diciendo que podían preguntarles a sus amigos de universidad la clase de persona que era, que no era de ninguna forma un disidente político ni un delincuente.

Uno de los guardias le dio un macanazo a Arturo en el vientre que lo hizo caer al suelo, quejándose y escupiendo el café con leche que había tomado hace ya unas horas atrás, esto hizo que todos los demás en la celda se apartaran lo más posible de Arturo. Como si fuere un perro rabioso.

Después de varias horas y de que poco a poco algunos de los reclusos fueron llamados para comparecer interrogatorio ante algún inspector de las fuerzas especiales de la policía en donde si se le placía al mismo, los torturaba con meterlos en un pozo con agua helada o golpearlos con bolsas de arena en las ingles a modo de sacar una confesión o simplemente de satisfacer los complejos de superioridad del inspector.

Todos cedían después de sufrir de los tormentos a decir casi todo lo que el inspector les preguntaba, fuera cierto o no. Pero hubo uno que hablo de más, menciono al "licenciado" que estaba con ellos, dijo que de seguro era uno de los que si piensan.

Arturo es llevado a otra celda, ahora en solitario; en un sótano aún más profundo y oscuro, pero con una luz perpetua de un foco en el corredor que en realidad está colocado ahí para evitar que los detenidos duerman, así los torturan aun cuando no lo están haciendo.

Arturo aún tiene sus ropas, su camisa de manga larga y saco, el sombrero lo había perdido entre tanto jaleo y su maletín, su preciado tesoro y motivo de su vida lo tenía extraviado.

Todavía en estos instantes Arturo no se da cuenta de la gravedad de la situación, ni siquiera se da cuenta que han pasado ya más de 24 horas y no le han dado de comer. No ha dormido, esta como drogado con una especie de letargo que se ha llevado su conciencia de este mundo.

El preciado maletín de Arturo está en las oficinas de la comandancia del palacio de la policía, específicamente en las manos de un capitán con fama de sanguinario.

Está siendo revisado cuidadosamente, por el capitán experto en conspiraciones Insurgentes, tratando de encontrar algún tipo de comunicado entre sus escritos, buscando alguna lista de partidarios de la resistencia civil, o quizá algún discurso político que estuviera preparando para las masas en aquella manifestación furtiva y al margen del decoro y

el orden.

De entre todos los papeles es incautado un fajo de billetes que por supuesto no será reportado entre las pertenencias del retenido, surge una pequeña nota del Lic. Valle, prominente empresario y simpatizante del gobierno en turno por lo que envían a un agente a hablar con él para ver si puede dar algún testimonio del sospechoso.

Tras esos hallazgos pasan otro día, a Arturo le han "limpiado". Despojándolo de sus vestiduras, paso por un cuarto con paredes de mármol en donde con una manguera de bomberos fue nuevamente empapado todo, desnudo.

Luego le dejaron en su calabozo casi congelado. Al final le han dado un overol como uniforme de presidiario, la verdad es que, aunque no se le ha ni siquiera dictado las acusaciones formales, ya a Arturo se le da por culpable de todos los cargos posibles y todos los que se le puedan imputar en un futuro.

A la mañana siguiente es llevado a una habitación de altas paredes, sin ventanas, pero con una iluminación de neón blanco azulado. En esta habitación esta una silla de madera con correas de cuero, una pequeña mesa al lado y otro par de bancos. Al entrar Arturo es asegurado a la silla con las corras para que no pueda moverse; entra el capitán de la policía junto con un experto de inteligencia en insurgencia del ejército. Cargando con ellos el maletín de Arturo.

El capitán, alza la voz diciendo el nombre completo de Arturo. ¿Arturo Neftalí Arreaga del Cid, es usted? Pregunto con tono siniestro, a lo que Arturo solo puedo mover la cabeza afirmativamente. ¿Es usted? Pregunto nuevamente el capitán y al mismo tiempo el otro le propinada un zape en la cabeza a Arturo, él solo puedo soltar un casi inaudible sí.

¡Sabemos que si eres tú! Pero para el acta de tu confesión necesitamos que lo confirmes de viva voz, perro insurgente. Eres un bastardo, nadie ha creído nunca que en realidad fueras hijo de los Arreaga del Cid y si por una casualidad lo fueras, tienes muchos más motivos para ser un cerdo revolucionario después de que el régimen expropiara las fincas de tu familia por ser simpatizantes de los que estaban en contra del orden de aquellos días…

Fueron tiempos muy difíciles. Arturo estaba por graduarse de la licenciatura en literatura y filosofía de la universidad más reconocida del país. Cuando los vientos políticos de la época eran contrarios a la libre empresa y tenía aires de colonialismo español.

Buscando que el poder y la economía estuvieran en manos exclusivamente de las familias antiguas del país, que eran las de siempre,

las que habían existido desde que el primer Galeón español había desembarcado en estas tierras.

Por eso Don Florentino perdió sus tierras y su empresa, sin ninguna razón aparente; como si los del gobierno alguna vez las hubieran necesitado. C asi de la noche a la mañana, la familia de Arturo quedo en la calle.

Esto fue demasiado para Don Florentino que termino por darse un tiro en la boca con su vieja arma en su oficina del edifico de tres niveles y ascensor.

A Doña Astrid no se le volvió a ver después de que algún político se quedó con la casa de los Arreaga del Cid en la zona central histórica de la ciudad. Algunos dicen que simplemente la echaron y rodó por las calles hasta que murió de hambre y frio; otros aseguran que se fue del país con lo poco que logro rescatar, pero que no volteo a ver atrás para mandar traer a su hijo. Una prueba más de que en realidad no lo era…

Acaso no es cierto que después de que el régimen hiciera justicia con su familia, usted quedo profundamente resentido con las autoridades, ¿acaso no fue así? ¡Responda de una vez!

Mejor confiese que usted es uno de los cabecillas de estas inútiles manifestaciones donde manipulan al pueblo tonto para sus retorcidos fines privados, gritaba el capitán de la policía, mientras que Arturo no parecía estar presente ni en mente o espíritu, a pesar de estar inmovilizado en aquella silla…

Arturo en realidad tenía tanto tiempo de no pensar en los hechos de aquella época, tanto tiempo que todo lo que escucho le parecía una historia como la de las doce tareas de Hércules o la de las crónicas de Prometeo, algo que nunca ocurrió en realidad.

Pero si recordaba que un estimado catedrático se acercó a Arturo una tarde después de clases y le dijo que su padre había muerto a manos de la injusticia, que no había podido soportar regresar al fango de donde con tanto esfuerzo había salido muchos años atrás.

Que la universidad comprendería si él debía retirarse, pero que la opinión de este profesor en lo particular era que la mejor manera de honrar a quienes le habían dado esa vida era continuar y ser un profesional. Hacer que los apellidos de Don Florentino y Doña Astrid no se perdieran en medio de los tiempos como uno más, sin pena ni gloria.

Recordó que algunos de sus compañeros dejaron de hablarle, parecía que se había regado el rumor que Arturo era un leproso social, un proscrito de toda aquella clase social del país. A tal punto que el decano de la universidad también le sugirió que terminara sus estudios en algún otro

sitio, que quizá fuera más acorde con su procedencia e ideales sociales.

Solo un puñado de maestros y compañeros se mantuvieron firmes en su apoyo para Arturo en esos tiempos tan duros, a tal punto que hicieron alguna colecta en secreto para dejar pagado todos los costes de graduación.

Gracias al cielo por lo estudioso y talentoso que era Arturo, así obtuvo calificaciones irrefutables y la decanatura de la universidad no tuvo otro remedio que otorgarle los diplomas correspondientes a Arturo, al fin y al cabo, así ya no sería problema de la universidad sino de la sociedad aseguró el viejo decano…

Arturo regreso a la realidad con una bofetada que le propino el militar de inteligencia, al mismo tiempo que gritaba que tenían todas las pruebas que lo acusaban como el cerebro de estos movimientos anarquistas sin sentido que tenían ya varios meses de estar sucediendo en la capital y principales poblados de la república.

Más le vale que confiese todo, seguían los gritos, díganos quien es el "espíritu del bosque" ¿es acaso su contacto para los pueblos del interior?

Esto lo decía el militar agitando los escritos de Arturo por encima de él, sacando su viejo maletín de cuero y colocándolo en la pequeña mesa al lado de la silla donde se encontraba inmovilizado el detenido.

Arturo al ver esto despertó del todo, grito y dijo: **¡Denme eso, es mi vida! ¡No tienen derecho desgraciados hijos de su put* madre!** Sin saber cómo, casi logro romper las correas de cuero por un instante, consiguió incorporarse lleno de adrenalina al ver sus notas, sus escritos, todo a lo que había dedicado su vida hasta ese momento; pero solo obtuvo un macanazo propinado por el capitán investigador en respuesta sacándole el aire y dejándolo sin aliento por más de un par de minutos.

Señor investigador militar, decía el Capitán. ¿Se ha dado cuenta como ha reaccionado el sospechoso cuando se le confrontó con los mensajes en clave que le hemos incautado?

Arturo yacía casi muerto en es silla de interrogatorio, tenía más de 24 horas de no tomar ni agua mucho menos algún alimento, pero aun así solo alzo la voz diciendo: "***quod peius est quam numquam asinum rudere***"*

*no hay peor burro que el que nunca deja de rebuznar.

Prefirió decir lo que pensaba en latín quizá para evitar algún otro golpe, pero el Capitán de todas formar al escuchar lo que para él era simplemente murmullos sin sentido, le abofeteo la cara diciendo: ¡A la

autoridad se le respeta desgraciado!

Después del interrogatorio llevaron a Arturo nuevamente a su calabozo, arrojaron a su celda un plato con un par de panes viejos, algunos frijoles mal cocinados y una jarra de lo que parcia ser café, aunque expedía un olor extraño como a carbón quemado si eso fuere posible.

A pesar de todo como dirían los abuelos "*a buena hambre no hay mal pan* " y Arturo engullo cada frijolito, limpió con los panes el plato y bebió todo el café de carbón. Satisfecho de momento con lo que para él fue un banquete se echó en el piso de su celda y cavilo unos momentos, sin tener conciencia real de que había sucedido y como su vida había cambiado tan de repente.

Arturo sabía que no era la primera vez que esto pasaba en su existencia. La primera vez fue al ser un bebé, cuando se lo llevaron a la ciudad con su "madre". La segunda, cuando se fue a la finca y sin saberlo encontró quien era en realidad. La tercera cuando su familia lo perdió todo y él, aunque ya sabía que no pertenecía en realidad a la clase donde estaba, era expulsado por el simple hecho de ser quien era y pensar como pensaba.

Ahora, en una celda, era tratado peor que un animal, era nuevamente zarandeado por la vida a manera de sacarle hasta lo último de su existencia; en una batalla que sabía no podría ganar, porque él no peleaba con brutos y enajenados políticos.

Si hubiera tenido oportunidad de hablar con alguien que tuviera materia gris en medio de sus orejas quizá Arturo podría haber salido con bien de todo esto…

Los años siguientes al salir de la universidad, Arturo efectivamente se enfrentó a la sociedad. Era peor que un don nadie, era por un lado un ser digno de lástima y a la vez repudiado por otros. Quienes simpatizaban con sus padres, en secreto por supuesto porque no querían represalias del gobierno, trataban de ayudarle; le invitaban a comer alguna vez o le proporcionaban un lugar donde dormir bajo techo de vez en cuando.

Efectivamente después de ser hijo de la sociedad empresarial pujante del país ahora era un licenciado en literatura y filosofía desempleado, un vagabundo cualquiera que comía mendrugos y se quedaba a dormir en los portones de las casonas y callejones de la ciudad.

Un compañero graduado de la universidad en leyes le dio su primera oportunidad para que le ayudara en redactar algunos escritos para los juzgaos, así por lo menos Arturo dejaría de vivir en las calles. Luego un conocido, porque Arturo en realidad no tenía amigos, le ofreció que escribiera algunas notas de opinión y cuentos de fantasía para un

periódico donde él era administrador, claro bajo algún seudónimo para evitarse problemas…

Esa noche, en el calabozo, ya saciada el hambre, pudo el cerebro empezar a trabajar. Entendió al fin que era una confusión total todo pero que, siendo equivocación del gobierno y las autoridades, nunca lo aceptarían y que lo mejor que podía pasarle era que lo enviaran a la cárcel o a hacer trabajos forzados a los campos de café que el gobierno administraba.

Empezó en aquel instante a tratar de pensar argumentos para que sus captores resolvieran dejarle en la cárcel y no ejecutarlo o desaparecerlo como era la costumbre por aquellos tiempos con los criminales políticos.

En las oficinas del Capitán, había regresado ya después de varios días el investigador de campo con algunas averiguaciones ovias sobre Arturo.

Dentro de lo indagado aparecía el hecho de su sospechoso nacimiento y que según lo que todos decían, Arturo era un "recogido" por Doña Astrid Del Cid, que en realidad no era hijo legítimo de aquel matrimonio o peor aún quizá era fruto de alguna aventura de la señora con algún jornalero en las fincas de café que por eso ella anduvo por esos lugares tanto tiempo.

Esto por supuesto, aseguraba el gran rencor que el sospechoso podría tener a la clase pudiente y política del país.

Además, averiguó que en varias ocasiones en la universidad se le quiso expulsar por su forma de pensar y ser, tan obstinado a la diferencia de clases como debe ser en toda sociedad civilizada, pero que obtuvo la simpatía de algunos catedráticos que al pasar de los años fueron encontrados culpables de delitos contra la nación y ejecutados como se correspondía.

Actualmente el detenido vivía en una vecindad de quinta categoría a pesar de ser un profesional graduado, otra característica sospechosa de alguien que vive en contra de lo establecido y que podría con los años obtener una mejor vida, pero él al parecer simpatiza con la clase popular.

Señor investigador, lo interrumpió el capitán, que logró indagar acerca de la cercanía supuesta con el Licenciado Valle que alega el detenido ¿porque tenía una nota de éste el acusado?

A esta pregunta, el investigador solo dijo que el Licenciado Valle había salido del país hace un día que regresaba en una semana o dos, que si el Capitán lo creía necesario podían ver de que fuera localizado por medio de su empresa para ser citado por un asunto oficial.

¡Usted está loco! Como vamos a molestar a un alto miembro de la sociedad empresarial y amigo de los señores ministros. Esa nota debe ser falsa y no es posible que una persona tan fina como él pueda conocer al este andrajoso subversivo. Así se fue por el drenaje la esperanza más palpable de salir de esta para Arturo…

Arturo había conocido a su benefactor el Licenciado Alejandro Valle y de las Casas en sus últimos días de universidad. El en aquellos días un joven bien parecido con carisma y excelente labia con todas las personas estaba por graduarse de licenciatura en economía y administración de empresas y solo necesitaba escribir un ensayo sobre los efectos de la economía rural en las tendencias de crecimiento empresarial a nivel nacional y regional. Alejandro Valle por supuesto que sabía perfectamente todo acerca del tema, pero era torpe para redactarlo, así que por sugerencia de algún maestro le dijo que pidiera ayuda a Arturo para este fin.

Arturo, como siempre, no desaprovechaba oportunidad para aprender algo nuevo y si esto incluía escribir, el encantaba.

Durante algunos días compartieron una taza de café hecho en la cafetera que Doña Astrid le había regalado a Arturo en su dormitorio, Alejandro le hablaba de todo en cuanto al tema que necesitaba plasmar en aquel ensayo, Arturo le escucha con toda atención.

Al cabo de los días, Arturo le entrego a Alejandro, el Licenciado Valle, su ensayo de graduación. Este fue tan brillante que la universidad lo integro a su biblioteca y hasta la fecha es mencionado como lectura obligatoria para las nuevas generaciones de estudiantes en la carrera de economía, auditoria y administración comercial. Esto le valió al Licenciado Valle algunos reconocimientos y recomendaciones especiales de parte de los decanos y el rector de la universidad en aquella época, a su vez le abrió las puertas correctas para la vida y hasta para su matrimonio.

Esa era la verdadera historia de la amistad que surgió entre Arturo y el Licenciado Valle y que hasta la fecha de hoy continuaba de alguna manera…

Al amanecer mandaron a traer nuevamente a Arturo a la sala de interrogatorios, ahora en esta estaba además de la silla con correas, la pequeña mesa y los bancos un escritorio con una máquina de escribir y un policía secretario para redactar la confesión del acusado y así dar fin a estas gestiones que ya tenían aburrido al Capitán.

El Capitán ya estaba en la sala, tomando una humeante taza de café. Cuando llego Arturo custodiado. Le amarraron y el capitán hipócritamente le ofreció unos sorbos de café, Arturo los agradeció, de inmediato el capital le arrojo el resto de su taza de café caliente en el rostro y dijo en

grito burlón: “¡Tómese su café entonces!”.

Arturo aguanto el grito de dolor, creyó que quejarse seria como darle más motivos a ese primate para que siguiera atacándole.

El secretario un tanto asustado por todo lo que ocurría en la habitación dijo que era mejor que empezaran de una vez a redactar la confesión del acusado. El capitán de inmediato le amordazo a Arturo y entrego al secretario unas hojas todas arrugadas que saco de su chaqueta, diciendo que esa era la confesión que el acusado había rendido el día anterior de forma voluntaria.

El secretario titubeo un segundo al ver esa escena de toda violación de derechos al detenido, pero sabía muy bien la fama del capitán y lo que le hacía a las personas que no estuvieran de acuerdo con él así que, asintió y empezó a pasar en limpio la supuesta confesión del acusado.

El secretario pidió tener copia de toda la evidencia en el caso para adjuntarla a los documentos del caso, por lo que le entregaron el maletín de cuero con todo su contenido, exceptuando claro el dinero encontrado.

Después de eso, Arturo fue llevado a las celdas con el resto de la población carcelaria pendiente de juicio y sentencia. El secretario que al leer los escritos de Arturo se dio cuenta que se estaba haciendo una tremenda injusticia con el pobre hombre, se maravillaba de la forma en que el novelista había retratado las estampas populares de la gente sencilla de campo; sus historias, sus creencias y sus vidas.

Además, encontró otros escritos y ensayos acerca de la filosofía de ayudar a los semejantes, de que si bien era cierto que existían clases sociales todos éramos iguales y merecedores de todo, conforme nuestro corazón y nuestros esfuerzos.

Encontró nuevamente el nombre del Licenciado Valle como algún tipo se testigo de vida del acusado, pero también encontró que según las declaraciones del investigador de turno el posible testigo no se encontraba en país al hacer las gestiones y por mandato superior fue desestimado el esfuerzo de localizarlo, otra violación a la libre defensa claramente.

El secretario sin poder hacer nada solo resolvió poder localizar por su cuenta al posible testigo, quizá si se presentaba voluntariamente podría ayudar a su conocido.

Pero se acercaban cambios en las cupulas de los ministerios de seguridad ciudadana y el Capitán tenía sus propios planes.

Necesitaba acaparar la atención de la prensa para permanecer en su puesto a pesar de las ya bastantes quejas existentes y documentadas en

su contra. Nada mejor que la captura y condena de un sedicioso al régimen, eso le haría quedar bien con los de arriba sin duda alguna.

Esto era una carrera contra el tiempo y con muchos obstáculos. Por un lado, el Licenciado Valle había alargado su viaje por cuestiones personales, a pesar de que el secretario hablo en la empresa de este, la asistente del Licenciado le dijo que era muy difícil contactarlo a no ser por correo electrónico y ella no tenía la autorización de divulgar el mismo a nadie. Por el otro lado, el Capitán estaba moviendo todos sus hilos de influencias corruptas para que el debido proceso de acusación, juicio y condena fuera lo más rápido y la sentencia lo más ejemplar para enviar el mensaje que las altas cúpulas del gobierno deseaban dar al pueblo…

Era una tarde de invierno cuando en medio de la lluvia y relámpagos Arturo se había reunido con su antiguo maestro de universidad, el mismo que le había apoyado para que lograse graduarse.

Ahora el notable maestro estaba huyendo, era un prófugo del régimen por tener ideales de igualdad. Le pidió ayuda a Arturo para redactar lo que sería conocido como la biblia de la revolución, un tratado de derechos para todos los seres humanos del país. Al leerlo el maestro se llenó de orgullo y tan motivado que podría enfrentar el solo a todo el ejército represor de la oligarquía gobernante de aquellos días.

Te dije que serias un profesional de vital importancia para la nación Arturo, le dijo dándole una palmada en la espalda.

A pesar de que fue un par de veces las que se encontraron, en donde el maestro le invito una sin fin de ocasiones a que se uniera a la lucha del pueblo, Arturo nunca lo hizo en realidad. Quién este en el gobierno y quien sea el pueblo le tenía sin cuidado. Él sabía que siempre habrían injusticias y lo que había escrito era un utopía, imposible de existir porque el ser humano es mezquino desde sus entrañas, incluso él lo era de alguna manera, había cobrado por escribir todo lo que estaba ahí plasmado, aunque en verdad necesitaba sacarlo de su ser y se hubiera vuelto loco quizá si no lo hubiera escrito alguna vez.

*Esa participación con la insurrección le valió a Arturo, de forma anónima claro, eternizarse para la posteridad. Incluso en la actualidad, tanto en salones de universidad llenos de muchachos idealistas como en las oficinas de la inteligencia militar; esta una edición del "**Tratado de todas las Razas y Clases Sociales**" como intituló Arturo a su trabajo hace ya mucho tiempo atrás…*

Otra vez, una triste tarde lluviosa de invierno, a pocos días de haber sido capturado Arturo. Un andrajoso y cadavérico hombre fue llevado al patíbulo. Apuntado con las carabinas de la corrupción, la ignorancia, el abuso y la intolerancia fue abatido a balazos un cuerpo que pudo dar

mucho más a su pueblo, con su arte. Así murió Arturo Neftalí Arreaga Del Cid.

El Capitán recibió los honores que había planeado desde un principio al contar con la suerte de capturar al alguien como Arturo.

El secretario que no se quedó tranquilo, sustrajo todos los documentos del caso y las "evidencias" sin que nadie lo supiera. En realidad, después de efectuar este tipo de sentencias a nadie le importaba todo el papeleo, siguió esperando al Licenciado Valle hasta que él volviera de su viaje.

Le entrego el secretario después de pensarlo mucho, al Licenciado Valle a su regreso al país, de manera anónima, el maletín de Arturo con una nota que decía: ***"ojalá haya sido su amigo, fue un hombre de increíble talento. Fue capturado por error, inculpado por ignorancia, ejecutado por intolerancia y usado en la maquinaria de la corrupción."***

Ha pasado mucho tiempo desde que estos hechos ocurrieron, los tiempos cambian, pero se mantiene igual a la vez.

Después de unas semanas el Licenciado Valle indignado por lo que le pasó a su amigo, movió sus influencias para que se buscaran a los responsables del atropello que había acabado con la vida de Arturo.

Un año más tarde era el Capitán el que ocupaba el lugar de Arturo frente al pelotón de fusilamiento por abuso de poder, delitos contra la humanidad y otro montón de cosas más. Se hizo justicia, pero igual los poderes de arriba necesitaban un chivo expiatorio para que estos comportamientos del pasado no quedaran impunes a la opinión publica.

Con el tiempo Alejandro Valle, el licenciado, hizo publicar los cuentos y novelas de Arturo, ganaron premios de literatura a nivel nacional y en toda la región, incluso sus novelas escritas en la finca de café, hace ya más de medio siglo, fueron traducidas al inglés, francés y alemán para llenar algunas librerías en Europa.

Se cumplió el deseo de Doña Astrid de que su hijo le abriera a los apellidos de la familia las puertas de los más exclusivos recintos de la Aristocracia…

Arturo es recordado por pocos hoy en día, no porque su obra haya sido pequeña, sino porque estamos en un lugar donde un artista, un escritor, un novelista pasa desapercibido.

Y esta para finalizar la historia, está la frase y el sueño que Arturo tenia casi todas las noches y lo hacia despertar sudoroso en las madrugadas, no era la frase en sí, sino el miedo irreversible que nadie se da cuenta de

esta realidad…

"Tomamos demasiado tiempo en ser prácticos, pero prácticamente desperdiciamos la vida si no apreciamos la belleza en todo tipo de expresión.

El arte es lo que en realidad nos diferencia del resto de seres en este mundo."

FIN